

LEILA GUERRIERO:

“Lo hermoso de escribir es pensar”

En un gran momento luego de haber ganado el Premio Strega Europeo por su libro *La Llamada*, la narradora argentina sigue trabajando incansablemente con las palabras: editando, armando columnas, artículos, preparando un nuevo libro. Para ello no se vale, asegura, de ningún comodín que pueda brindar hoy la IA y, de hecho, transcribe ella misma hasta el último audio de sus entrevistas. “Escuchar las voces, es como despertar una cosa casi emocional que no sucede si eso lo delegas en alguien más, sea un ser humano o un programa”.

POR CAROLA SOLARI

Leila Guerriero aparece

en la pantalla de Zoom: delgada, suéter negro, la melena crespa y vaporosa, un estante de libros a su espalda. Después de “mucho ir y venir”, está en su estudio, en su casa en Buenos Aires, el lugar donde escribe sus columnas, perfiles y libros. Cuando está en la capital argentina, además dicta talleres de escritura, sale a correr, se ocupa de su gata y comparte con “el hombre con el que vivo”, como lo llama en las columnas que publica en el diario El País.

Y por lo pronto, después de esta entrevista, se reunirá con amigos a ver uno de los partidos de Argentina en el Mundial.

Viene llegando de Madrid, donde participó en la Feria del Libro. Y en mayo pasado, estuvo en Turín donde fue galardonada con el Premio Strega Europeo por la traducción al italiano de *La Llamada*, *-La Chiamata, storia di una donna argentina*, en la edición en esa lengua-, una investigación pe-

riodística que cuenta las luces y sombras de la historia de Silvia Labayru, una militante montonera que estuvo detenida en el ESMA durante la última dictadura militar argentina.

—Fue una sorpresa —dice Leila—. Nunca pienso en la posibilidad de ningún premio. Pero el Strega, que es el más importante de Italia, estaba completamente fuera de mi radar. Fui sin expectativas a la ceremonia y cuando dijeron el nombre del libro, fue como: “¡no lo puedo creer!”. porque se trata de una historia que no es local, que pasó hace 40 años, en un país del cono sur...

—Pero en esos países hay un interés por la memoria histórica.

—Sí. Ha tenido mucho eco en estos países europeos, España, Italia, que han tenido dictaduras. El libro ya había tenido muchas lecturas y repercusiones. Cuando estaba en Turín en la feria del libro, yo notaba un grado de expectativa y de excitación en las personas que me empezó a inquietar un poco (se ríe). Porque esta era una com-

petencia como de David contra Goliat: los otros nominados estaban en editoriales grandes, eran todos europeos. Quizás por eso cuando dieron el título del libro ganador en la ceremonia, yo me emocioné. No lloré, yo no lloro nunca, pero cuando me levanté a recibirlo, miré a mis editores y estaban todos llorando.

—Bueno, es primera vez que recae en una argentina, incluso una latinoamericana.

—Además que antes lo ganó gente como Emanuelle Carrère, Annie Ernaux, Paul Murray: gente que uno admira. Entonces, estar en esa tradición es bastante impresionante.



Leila Guerriero, quien hoy es un referente del periodismo narrativo en español, nunca estudió periodismo. Dice que no pensó en ser periodista hasta que lo fue.

Creció en Junín, en el interior de Argentina, en una familia donde “se leía, se conversaba mucho, se escuchaba músi-

ca, se iba al cine, pero había una negación de ver tele”.

A ella le gustaba escribir, lo que su familia respetaba. “Yo no tenía idea de cómo se podía hacer una vida de eso en términos económicos y tenía muy claro también que no quería tener un trabajo alimenticio y en los ratos libres escribir: sabía que esa no era la manera. Algo en mí intuía que necesitaba una entrega total”, dice.

Estudió licenciatura en turismo porque le gustaban los viajes. Fue gracias a un cuento que presentó en Página 12 y le publicaron en la contratapa del diario, que llegó al periodismo. Jorge Lanata, el director del diario, le dijo que quería conocerla. Ella viajó especialmente de Junín a Buenos Aires para eso. Lanata le ofreció trabajo como periodista en la revista Página 30. “Cuando eso apareció, no sé, fue como cuando abren un poquito la puerta y vos ponés el pie y decís: esto no se cierra más”, relata.

Desde entonces ha corrido mucha tinta. Las crónicas y



"Yo no juego a las cartas, no juego al tenis, no compito. Pero reflexionando, me di cuenta de que en realidad nunca había parado de jugar", dice Leila, quien el 7 de agosto hará una charla en Concepción sobre este tema, en el marco de los 15 años de Biobío en 100 Palabras, una iniciativa de Fundación Plagio y CMPC.

perfiles de Leila se han publicado en importantes medios, como El País de España y La Nación de Argentina. Ella ha ejercido como editora de la revista colombiana Gatopardo. Y ha escrito libros de no ficción, con una pluma muy característica, barroca incluso, que es su sello como autora. Entre esos libros están: *Los Suicidas del fin del mundo* (que acaba de ser reeditado), *Frutos extraños*, *Una historia sencilla*, *Opus Gelber* y *La llamada*.

Ahora dice está trabajando en otro, del que no adelanta su contenido, salvo que está en proceso de investigar y hacer entrevistas.

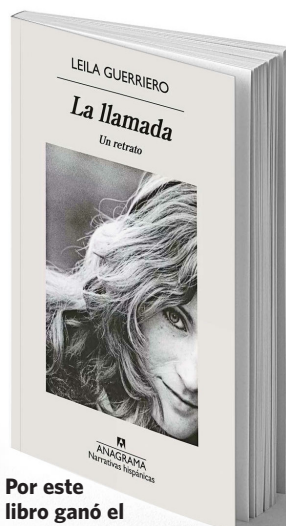
Detallista y con gran capacidad de trabajo, para su libro *La llamada*, realizó alrededor de cien entrevistas –a la protagonista y sus cercanos– y se ocupó de transcribirlas ella misma, todas.

–¿No te apoyas en nadie para hacer esa labor que es tan tediosa?

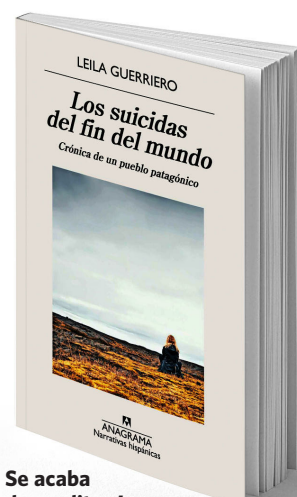
–Para mí es sumamente importante hacerlo. Es un material súper sensible, que es una conversación con una persona que a veces incluso te piden que no pongas algo, que lo dejes en *off*.

–Hoy existen herramientas tecnológicas que hacen ese trabajo. ¿No confías en ellas?

–La verdad es que transcribir con la inteligencia artificial, aunque cada vez son programas más precisos, cometen algunos errores: de golpe una persona dice creciente y la inteligencia te transcribe creyente. No es nada que no puedas solucionar después, pero para mí es súper importante volver a escuchar todo ese material. Es como reactualizar todo eso, volver a escuchar las voces, es como despertar una cosa casi emocional que no sucede si eso lo delegas en alguien más, sea un ser humano o un programa. Y ahí mismo cuando voy escuchando se me van construyendo también un poco las historias.



Por este libro ganó el Premio Strega Europeo. “Nunca pienso en la posibilidad de ningún premio. Pero el Strega, el más importante de Italia, estaba completamente fuera de mi radar”, dice.



Se acaba de reeditar Los Suicidas del Fin del mundo, la investigación que hizo en Las Heras, una localidad de la Patagonia que a fines de los noventa fue conmovida por una ola de suicidios.

–Volver a escuchar las voces, te sugiere un camino para escribir.

–Sí, la historia se va armando, de una manera consciente y también inconsciente, porque empezás a ser colonizada de vuelta por toda la historia. Naturalmente cuando estás trabajando en algo de tan largo aliento no haces solamente eso. También viajás, das confe-

rencias, talleres, escribís artículos, hacés columnas. O sea, que el momento de encontrarte a pleno con esa historia es el momento en que transcribes todo el material.

–Hoy muchos están recurriendo a la IA para ayudarse escribir. ¿Crees pueda ser una amenaza para los escritores profesionales?

–Yo la uso discretamente para algunas cosas, para alguna búsqueda muy específica. Cuando siento que me puede aportar, pero hay puntos en los que siento que no. Me parece también que lo que hace la inteligencia artificial es como acelerar un proceso que es precisamente el que uno disfruta, que es la lentitud. Lo hermoso de escribir es pensar, entre otras cosas hermosas como es trabajar con el lenguaje y encontrar la mejor forma de un texto. Entonces, ¿por qué voy a querer saltarme la parte del proceso que más me gusta?

Leila se detiene. Se acomoda en su asiento y luego sigue:

–Para mí la vida es mucho más fácil con internet que sin internet. Cuando yo empecé a trabajar en periodismo para documentarme tenía que ir al archivo de un diario, hurgar entre cajas, sacar fotocopias, llevarte pilas de papeles hacia tu escritorio y después devolverla al archivo. Era todo un enredo (...). Sería una persona del neolítico si pensara que no son útiles herramientas como el WhatsApp. Hay muchas cosas que son buenísimas. Pero lo que tiene que ver con el proceso, el trabajo de escritura y la construcción de un texto, me apoyo en eso para sumar información y chequear cosas. Pero no para que haga el trabajo que a mí me gusta hacer por mí.

–Tú haces talleres de escritura. Y en agosto darás una charla, en el contexto de los 15 años de Biobío en 100 Palabras en Concepción, que tratará del juego y las palabras. ¿Cómo conectas tú esas dos cosas?

–Sí, empecé a conectar mu-

chas cosas relacionadas con eso. Primero pensé que yo era una persona que no jugaba; es decir, jugué muchísimo en mi infancia, pero no en la vida adulta.

–¿No juegas cartas, nada de eso?

–Yo no juego a las cartas, no juego al tenis, no compito. Acá la gente se junta a jugar al truco, que es muy popular, pero yo no tengo ni idea de cómo se juega. Pero después, reflexionando, viendo un poco lo que

“Tenía muy claro que no quería tener un trabajo alimenticio y en los ratos libres escribir: sabía que esa no era la manera. Algo en mí intuía que necesitaba una entrega total”.

son las definiciones de lo que es el juego, me di cuenta de que en realidad nunca había parado de jugar. Es decir, la escritura en algún punto, –con un montón de matices, de pesos y de densidades que el juego infantil no tiene– es un juego. Y empecé a encontrar y a recopilar en ese pasado de juegos un montón de cosas que tienen conexión con la escritura. Me pareció muy interesante tirar del hilo para reivindicar un poco las dos cosas: la potencia y la seriedad del juego infantil, y de qué manera eso, continúa viva hasta ahora bajo la forma de la escritura. **S**